

prensa y en todas partes, resultaría imposible para mí ignorar que Dios ha sido más generoso conmigo que con la mayoría de las mujeres. Lo censurable sería fingir que lo ignoraba".

Tenía razón Lillian Russell, que era la más sencilla y la más bondadosa de las mujeres. Aceptaba como un hecho su belleza, pero no le daba exagerada importancia.

Varios críticos teatrales censuraban, en una de las obras de Fitch, que el príncipe que aparecía no era suficientemente *regio*. Fitch se quejaba conmigo, diciéndome: "¿Cómo lo saben? Jamás han conocido príncipe alguno. Yo cuento entre mis conocidos a una docena de ellos y, pueden creerme, los príncipes son como los demás hombres — sólo que un poco más humanos. Son los insignificantes los que actúan como se suponen que deben actuar los príncipes".

Las pocas relaciones con príncipes que he tenido, confirman la anterior observación. Hace unos diez o doce años, mi hija y yo ocupábamos una mesa en el comedor del Hotel de Madrid, de Sevilla. En una mesa contigua estaba un caballero de barba rojiza, que daba evidentes muestras de la simpatía que mi hija había despertado en su ánimo. No sabía quiénes éramos ni nosotros sabíamos quién era. Poco después lo encontré sólo, en el vestíbulo del hotel y, tras cambiar los saludos de rigor en tales casos, me sugirió un paseo a pie. La noche era magnífica. Caminamos algunas calles; charlamos de España y los Estados Unidos. Me dió la impresión de que era un hombre sencii-

llo, bien informado — algo por el estilo. Creo que era un banquero. Un poco sorprendido, me respondió "Klenburg". Era el Príncipe de Prusia.

No recuerdo quién me invitó a un grupo de monarcas para una boda real, o a alguna otra ocasión que se celebraría en una capitación. Allí eran soberanos de un país que constituía una grave perturbación en que habrían de moverse. Resuelto al fin a aceptar, se inició la marcha. El capitán voluntariamente había escogido al rey VII de Inglaterra. El suceso, pero, en todo caso, no quien, por encima de todo, de su derecho de encabezar el grupo, satisfecho con ponerse a la cabeza.

Durante uno de mis viajes, me encontré con un acaudalado americano. Me veía con frecuencia cuando supo que yo estaba en París, al Barón de Bismarck. Ingerencia económica en mis comedias. Era un mundo. Tenía una suite en los mejores barrios de la